

en una cueva habitada por un mendigo al que entrega sus lujosas ropas. Allí vive miserablemente castigando su cuerpo con duras penitencias, y escribe sus *Ejercicios Espirituales*. Embarca luego para Tierra Santa, pasando por Roma y Venecia. En Palestina sufre humillaciones y vejaciones que los infieles infligen a todos los peregrinos. Pretende quedarse allí, pero no le es permitido por los franciscanos dada la situación existente. Regresa a Barcelona y estudia latín y luego humanidades en Alcalá y Salamanca. Es procesado por la Inquisición, que le absuelve. Conoce en París a quienes serían sus más directos colaboradores, que se proponen marchar a Tierra Santa. Pasan por Venecia y ante las dificultades que se les van presentando deciden, al fin, establecerse en Roma, donde el Santo Padre Paulo III autoriza la constitución de la Compañía de Jesús, que en sus estatutos agregan a los tres votos tradicionales de pobreza, castidad y obediencia, un cuarto voto de obediencia especial al Sumo Pontífice.

El hilo de oro es la Providencia divina que permite una serie de causas que producen el resultado final.

En toda la narración está presente el suizo pontificio que, casualmente o a propósito constituye su sombra junto con la jovencita que salvó de ser violada, a la que trata con toda delicadeza, presentándola —vestida con ropas de hombre— como su hermano menor. El suizo vuelve a la Guardia Pontificia y reconoce a Inigo de Loyola —que cambió su nombre por el de Ignacio— en una visita de éste al Vaticano, visitando él luego, a su vez, al padre Ignacio en Roma, con lo que prácticamente acaba la narración.

Es un libro que mantiene el interés del lector y se lee con facilidad, por lo que indudablemente es útil en esta época en que parece se huye de todo esfuerzo mental, especialmente de carácter religioso.

G. ALFÉREZ

***Araceli Martínez-Peñuela Virseda: ANTECEDENTES Y  
PRIMEROS PASOS DEL NACIONALISMO VASCO  
EN NAVARRA, 1878-1918 (\*)***

Mucho se ha escrito sobre la primera andadura del nacionalismo vasco y su desarrollo ulterior en Vascongadas durante los siglos XIX y XX, incluida la última guerra civil. Debido a la muy escasa implantación del nacionalismo en Navarra, estancada hasta la II República, y a la correlativa y casi total carencia de estu-

(\*) Pamplona, Ed. Gobierno de Navarra, 1929, 233 págs. 169 × 236 centímetros.

dios de dicho fenómeno en Navarra, la memoria de licenciatura de Martínez-Peñuela resultaba necesaria.

El prólogo, realizado por el doctor Ignacio Olabarri Gortazar, director de la investigación, enmarca el tema valorando la necesidad de un mejor conocimiento tanto del nacionalismo vasco como de la política navarra en tiempos de Alfonso XIII.

Las fuentes inéditas utilizadas por la autora abarcan el amplio abanico de nueve archivos públicos y cinco privados, junto a numerosa prensa periódica navarra y vascongada, y diferentes boletines, folletos y libros de la época. Les acompaña una bibliografía tanto de carácter general como particular sobre el fenómeno nacionalista, y algunos aspectos referentes a la génesis y primer desarrollo de este movimiento político.

El estudio se plantea en tres partes diferenciadas. La primera, abarca de 1878 a 1909, es decir, desde la denominada «Asociación Euskara de Navarra», hasta la muerte del autor del libro «Ami Vasco» (1906), esto es, del capuchino Fray Evangelista de Ibero (Ramón de Goicoechea y Oroquieta), calificado por la autora de «precursor y defensor del ideal nacionalista» en Navarra.

La segunda parte, más extensa que cada una de las dos restantes, es particularmente interesante, al tratar sobre la implantación y organización interna del partido nacionalista (1904-1918). Si resulta evidente la relación del primer nacionalismo en Navarra con el de Vascongadas, también está claro que —según la autora— el nacionalismo en Navarra revistió la forma moderada y autonomista y no la intransigente separatista, por lo que se enmarcó en la muy dicutida línea de «evolución españolista» del último Sabino Arana. Los numerosos detalles aportados sobre la creación de los diferentes batzoki, sus correlativas juntas políticas municipales, y los nombres de sus directivos políticos, reflejan las bases sociológicas nacionalistas (poco numerosas y no muy relevantes), su escasez de medios, y la muy limitada difusión de la cultura y espíritu vasco (aunque exclusivamente en lo que tenía de peculiar y particularista); según la estrategia seguida por los directivos nacionalistas ello bastaba para lograr la posterior afiliación al partido político nacionalista. Desde la perspectiva actual, esta estrategia peca de ingenua, como los hechos demostraron.

Creemos muy posible que dicha estrategia fuese un «handicap» para efectuar, tanto por los protagonistas de entonces como por los actuales estudiosos del tema, la real, necesaria y clarificadora distinción entre el nacionalismo político y el vasquismo cultural, como ámbitos diferentes y no interdependientes.

Una cosa era la cultura vasca —varia, sencilla y espontánea; tradicional, personalista y comunitaria...— y otra muy distinta la política nacionalista. Distinción ésta vivida y palpable en algunos escritores (historicistas y románticos de la época) de entonces, convencidos a su vez intelectual y jurídicamente de la validez y la necesidad del Fuero, entendiendo por éste el derecho propio, originario e inalienable, de los pueblos a su autarquía, derecho enmarcado en una mentalidad totalmente ajena al liberalismo (filosófico, religioso, jurídico y político).

La tercera parte del libro estudia el semanario «Napartarra» (1), órgano oficial del partido nacionalista en Navarra, en el que, tras relatar su interesante nacimiento, se muestra su mentalidad católica, antiliberal, su misión de difusión euskaldún y su fuerismo (no separatista) (2). La orientación política práctica del

(1) Hemos consultado la colección «Napartarra» de 1911 y 1912 (104 números) y observamos lo siguiente: 1.º Hay ocho figuras nominales más que las cinco contabilizadas en el trabajo. 2.º En dichos números es curioso que Hermilio de Olóriz (1854-1919) sólo figure en catorce ocasiones, además con textos de historia y sobre todo de poesía tomados de sus publicaciones anteriores, sin que nunca escriba para el semanario «Napartarra». De Juan Iturralde y Suit (1840-1909) sólo figuran dos textos de obras publicadas anteriormente. Del doctor Angel Sagaseta de Irujo, difunto hacía décadas, se transcribe su «defensa foral» en quince números; este autor era de tendencia carlista, vivió durante la primera guerra carlista y fue en su comienzo conducido preso a Valencia. Fue un contundente defensor jurídico de la naturaleza del Reino de Navarra. Por último, Arturo Campión (1843-1937) figura en 27 números, en los que se transcriben diferentes fragmentos de sus obras, discursos del momento, y sólo algunas veces —el único de los autores citados— escribe expresamente para el «Napartarra», la primera de ellas el 15 de abril de 1911 (núm. 15). 3.º El principal enemigo de este primer nacionalismo (¿prenacionalismo?) y al parecer casi el exclusivo según dicho semanario, era el carlismo. La oposición de éste al nacionalismo parece menor que su inversa, sencillamente porque el carlismo era una comunión arraigada con firmeza en buena parte de la población vascongada y navarra, y por su carácter foralista —plenamente demostrado— y antiliberal, lo cual —abstracción hecha del legitimismo carlista— era un gran «handicap» para el desarrollo nacionalista. Algunos han cometido el error de considerar al carlismo como un fenómeno rural; sin embargo, Angel Sanz-Marcotegui ha mostrado que en Pamplona, de 1899 a 1909, de un total de 83 concejales 34 pertenecieron al carlismo, lo que equivale 28 individuos de un total de 71. *Vid.* «El Ayuntamiento de Pamplona ante la crisis obrera», *Boletín «Gerónimo Ustáriz»*, núm. 3 (1989).

(2) Los planteamientos políticos del «Napartarra» eran diferentes en significado y resonancias a los presentados por el nacionalismo posterior. Así, tras revisar los primeros años del «Napartarra», me permito completar la novedosa e interesante obra comentada, con una afirmación del artículo titulado «A qué aspira el nacionalismo vasco» («Napartarra», número 2).

«En el político a obtener la derogación, por lo que hace a Alaba, Guipúzcoa, Navarra y Vizcaya, de la ley de 25 de octubre de 1839 y en

seminario —dice la autora— fue «contra todos» (y en especial contra el carlismo, por el importante carácter fuerista de éste), y de correlativa oposición entre él y la prensa navarra del momento. Según dicho estudio, esta radical oposición al carlismo se debía a que éste era la única fuerza que podía retrasar el triunfo de la nueva ideología, tal como reconocían los propios nacionalistas (pág. 106), y porque «el nacionalismo plantea como objetivo último la desmembración de España, lo cual chocaba fuertemente con la ideología carlista» (pág. 122).

La autora realiza una síntesis ideológica ajustada que manifiesta la diferencia y oposición existente entre el primer nacionalismo político y los restante sectores políticos —sobre todo el carlismo—; el exclusivismo práctico foralista pretendido por los nacionalistas del momento (págs. 100, 104 y 121), a pesar de abarcar éstos un muy minoritario sector entre los navarros; y las dificultades del nacionalismo propias de toda ideología (exógena) que comenzaba su implantación (con aires foráneos a Navarra), sobre todo con la hostilidad de una gran parte de las élites y del pueblo navarro.

Son muy interesantes los numerosos apéndices, que abarcan casi la mitad del trabajo, referentes a los reglamentos, etc., de constitución de las diferentes sociedades de carácter nacionalista, así como el interesante sermón facsímil del padre Evangelista de Ibero (nacionalista) que, sin plasmar ideas y sentimientos propiamente nacionalistas, se manifestaba antiliberal, vasquista (ideas de raza, lengua, comunidad vasca y la religión como sustrato último de todo ello) y foralista en general, todo ello muy adecuado al ambiente del momento y común a los sentimientos de buena parte de la población euskaldún de Navarra. Las diferencias radicales entre dicha población y la minoría política nacionalista estaban en otros aspectos.

### Sugerencias.

Sin duda, la autora no ha pretendido agotar la materia en sus conclusiones: texto y apéndices son lo suficientemente ricos para

cuanto a Labutdi y Zuberoa de las que dictó la Revolución francesa de 1789, así como de todas las disposiciones anteriores y posteriores a dichas fechas, que en lo más mínimo hayan mermado, desconocido o coartado los legítimos derechos del país Vasco» (15 de enero de 1911).

Una nacionalismo moderado (¿prenacionalismo?) en Navarra, no separatista y en parte coincidente con el foralismo carlista en cuanto a exigir la derogación de las leyes antiforales, también se observa en el número 1: «¿Separatismo?» (18 de marzo de 1911); número 90: «A qué aspira el nacionalismo vasco» (21 de septiembre de 1912); número 96: «Desahaciendo patrañas» (2 de noviembre de 1912), etc.

un ulterior desarrollo. Conforme al estado de la actual historiografía sobre Navarra, sugiero como deseable estudiar si existió o no algún *condicionante y dependencia* —no sólo *relación*— entre el Fuerismo y vasquismo por un lado (ambos propios de carlistas, de otros grupos de menor tradición y arraigo, e incluso de liberales, aunque en todos estos casos con una formulación muy diferentes entre sí, sobre todo estos últimos) respecto al primer nacionalismo en Navarra. La autora afirma al menos alguna *relación* entre ambos extremos, de forma clara aunque con alguna importante matización (pág. 119). Y es que, aunque esta relación fuese una realidad, se debe tener en cuenta que los aspectos fueristas y vasquistas son característicos de aquella época, y no de uno u otro sector político, tanto en Navarra como en Vascongadas.

En segundo lugar, sugiero profundizar en el tema enmarcándolo en el nerviosismo desencadenado por el ataque a los Fueros dirigidos por los liberales conservadores y fusionistas (Cánovas, Sagasta...); en el influjo del romanticismo (que aunque tuvo su época no ha tenido heredero cultural); y en la gran variedad de tendencias políticas que comenzaron a surgir por entonces. No en vano, tras 1876, asistimos a la derrota militar del carlismo, a la supresión Foral, lamentada por los carlistas e incluso por liberales vascos (aunque en sentido muy diferente), supresión que además de afectar a ambos sectores origina la aparición de otras tendencias políticas, ahonda la tradición romántica (muy unida al vasquismo e historicismo), etc.

Por último, hay unos elementos no nacionalistas de los que agradeceríamos una ulterior profundización, como son el renacimiento cultural de lo vasco y de todo aquello susceptible de ser diferenciador; la unión política vasco-navarra (foralistas intransigentes sin distinción de liberales y carlistas); la bandera carlista —sincera pero táctica por ser de mínimos— de «Jaungoikoa era Foruak»; los periódicos carlistas «Lauratbat» y después el «Beti-Bat»; la naturaleza y distinción del Fuerismo carlista, del liberal, de otros fueristas; la relación de ciertos carlistas con la unión vasco-navarra, y la «Sociedad Euskalerría», ésta de carácter cultural; la bandera integrista (fuerista y anticarlista); la unión de todos los navarro no gubernamentales con ocasión de la Gamazada en 1893 que en parte estudia la autora; la corriente nacionalista secesionista como antítesis del foralismo tradicional, etc. Según estas sugerencias, el panorama socio-cultural y político era muy rico y variado en matices y tendencias, que incluso se perfilan con ciertos matices según las épocas, lo cual no permite señalar fácilmente y con precisión a un supuesto

sector prenacionalista (3). Respecto al nacionalismo, no creemos acertada la proposición escolástica «post hoc, ergo propter hoc».

Este estudio que animamos a conocer directamente, brinda a su autora el ahondar en los diferentes aspectos de la mentalidad de la prensa navarra, incluida la tan densa en contenido del semanario nacionalista «Napartarra», para iluminar el interrogante presentado en la tarea de establecer los perfiles propios, diferenciadores y de mutua relación, de un supuesto prenacionalismo y el nacionalismo en Navarra (sin duda diferentes a los perfiles vascongados debido a la ley Paccionada de Navarra de 1841). Esperamos la clarificación de si existen sectores que puedan ser considerados propiamente prenacionalistas; en caso afirmativo, cuáles pudieron ser, y si éstos derivaron —algunas veces o siempre— hacia el nacionalismo por evolución natural o por desviación de su naturaleza.

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

(3) Es decir, ¿bastaba ser fuerista, vasquista, católico y antiliberal para ser prenacionalista? Es el caso de Herminio de Oloriz. En «Aportes», número 7 (marzo de 1988) señalamos que sus trabajos de etnohistoria, 7; política, 3; fuentes, 2, y de historia social, 1, no nos parecían suficientes para incluirle entre los prenacionalistas. Ello es claro si añadimos su casi exclusiva dedicación a la cultura academicista y la poesía. Esto parece así aunque declamase su poema «La heroína» en la apertura del nuevo local del «Centro Vasco» de Pamplona el 6 de enero de 1914. Centro fundado con un carácter estrictamente cultural en 1910 por declarados nacionalistas (pág. 68); y aunque —según la autora— alguna vez colaborase en el «Napartarra» —lo que nunca hace de manera expresa en 1911 y 1912—. Además, también colaboró en este semanario Raimundo García (seudónimo «Amezitia», núms. 1 y 3, o «Garcilaso», núms. 26 y 28 en 1911), futuro director del *Diario de Navarra* (de 1912 a 1962), diario nacido en 1903 con una tendencia independiente, y que en él, en 1917, polemizó con el «Napartarra» (págs. 113-114) sobre el nacionalismo. Por otro lado, es muy significativo que Oloriz tampoco figurase entre los miembros del «Centro Vasco», ni en la directiva del partido nacionalista (esto último más comprensible por su vocación literaria), ni entre los accionistas de la sociedad anónima «Jaureguizar», en la que Arturo Campión poseía dos acciones (pág. 160). Culturalmente, según Juan M.<sup>a</sup> Sánchez Prieto, sobre todo Oloriz, Landa, Iturralde y Suit y Campión, se vincularon doblemente a la tradición historiográfica anterior de Navarra —no son rupturistas—, aunque también fueron influidos por su época historicista y romántica. Es delicado el nombre que debemos de dar a esta síntesis, en la que hay unos elementos esenciales y otros accidentales; unos que permanecen y otros transitorios. Sin duda alguna estos autores no fueron responsables de la utilización práctica política que posteriormente algunos cerebros politizados han dado a sus supuestos culturales. ¿Es ésta la propia y natural aplicación de la cultura y ciencia histórica? ¿La cultura vasca determinó o influyó con fuerza —como creían los primeros nacionalistas— la política nacionalista? Todos los aspectos planteados en estas notas los brindamos a los estudiosos del primer nacionalismo en Navarra para su clarificación.